

PAOLO MANTEGAZZA

**Conmemoración de Charles Darwin celebrada en el Real Instituto de Estudios Superiores en Florencia. Discurso del Profesor Paolo Mantegazza, senador del reino (21 de mayo 1882)**

¿Por qué, señores y señoras, estamos hoy aquí todos reunidos al amparo de un mismo pensamiento? ¿Por qué desde hace más de un mes en cada país del mundo civilizado un solo nombre se murmura entre labios compungidos por el dolor? ¿Por qué los cables telegráficos de un pequeño y oscuro pueblo de Inglaterra no son suficientes para recibir todos los telegramas de condolencia que llegan de todas partes? Ha muerto un hombre, pero, a cada momento cae uno en la fosa, y a este sempiterno funeral, que hace que la vida sea casi una intermitencia de la muerte, deberíamos habernos acostumbrado desde hace tiempo. Un hombre ha muerto, pero este hombre se llama Charles Darwin. No era un rey, no era un príncipe, ni tampoco un barón: su nombre no fue escrito con sangre en los surcos ardientes de las batallas, ni el furor de un pueblo ebrio de libertad o de ira lo ha ensalzado en uno de esos días que cambian la historia; sino que Darwin era un gran pensador, y todos nosotros, que vivimos del pensamiento y a eso hemos consagrado las horas más importantes de nuestra vida, sentimos que hemos perdido algo con su muerte. Este consenso en las añoranzas, esta concordia en el dolor hace que me enorgullezca de ser hombre y me persuade con angustiosa esperanza de que, si el triunfo del pensamiento sobre todas las otras fuerzas de la naturaleza humana está aún muy lejos de nosotros, lo verán sin duda los hijos de nuestros hijos. Darwin era desde hace muchos años un faro encendido en el gran océano de lo desconocido: sus discípulos lo miraban para aproximársele, sus adversarios, para evitarlo; se podía luchar con aquel hombre, se podía odiarlo, pero callarlo era imposible. Él había entrado en el ambiente de la ciencia universal, estaba en el cerebro de todos. Hoy ese faro se ha apagado y parece que nos falta un timón seguro, que algo de nosotros se ha marchado dejándonos el escalofrío de la muerte que, si bien respeta la materia, destruye, sin embargo, tanto de su forma.

Así pues también el pensamiento en este siglo de cábalas económicas y de alianzas políticas tiene aún adoradores, también la ciencia tiene sacerdotes. Sobre la tumba de este gran hombre, que ha desaparecido de nuestra vista para siempre, estamos orgullosos de este hecho tan honorable para la naturaleza humana. Hace algunos años un docto alemán que visitaba a Darwin en su casa campestre di Down, lo veía venir apoyado en el brazo de una señora y más aún en un bastón que habría podido ser una muleta y el gran filósofo, mostrándolo al visitante, decía: “¡He aquí mis trofeos ganados en la batalla de la ciencia!”. Es un hombre tan modesto, tan enfermizo, por haber pasado más de media vida entre la cama y el diván, que, al morir, hace llorar a todo el mundo civilizado. Esto no lo consiguen sino unos pocos, unos elegidos, que con su nombre firman una nueva era en la historia de la ciencia; esta gloria no la tienen sino los reformadores, que guían nuestro pensamiento por nuevas vías, abriendo horizontes nuevos, cambiando la dirección de la ciencia que adivina, de la ciencia que observa, de la ciencia que experimenta.

Charles Darwin pertenece a este grupo; él es el fundador de una nueva dinastía en el mundo de las ideas, allí donde los puestos no se ganan por herencia, sino por derechos aún desconocidos para nuestra ignorancia. Sí, él es el primero, es el único creador del evolucionismo; el primero, a pesar de tantos precursores que le precedieron; el primero, a pesar de Empédocles, Lucrecio y Giordano Bruno; el primero, a pesar de Lamarck y Geoffroy Saint-Hilaire; el primero, a pesar de Treviranus y Goethe. Si Charles Darwin tuvo un predecesor, no fue otro que la especie humana, en cuyo cerebro se agitan, oscuras y misteriosas, esas gémulas germinativas que con lento esfuerzo se forman y fecundan para darnos ese milagro de potencia transformadora y de altura estética que llamamos un gran hombre. También Colón tuvo sus precursores, los tuvo Cristo, los tuvo Galileo; todos tenemos un padre y una madre, no solo en nuestra familia, sino también en esa otra gran y mayor familia que es el tesoro acumulado del pensamiento de todos. La envidia humana, las mezquindades del pueblo, con lenta y meticulosa casuística buscan relacionar a Darwin con Lamarck, a Cristo con Moisés; pero, para mí, para todos, la creación comienza allí donde a partir de átomos dispersos se fecunda un organismo; allí donde se toma un puñado de barro y se le dice: “vive”; allí donde a la masa informe del caos se le infunde la armonía que hace vivir y la orden que dice: “sigue viviendo”. Darwin es un creador; también él, después de veinte años de observaciones y de meditaciones dijo en el mundo de las formas vivas: “hágase la luz”; y es ahora, en las horas supremas de su serena agonía, cuando puede, mirando hacia atrás, complacerse de sí mismo y de su obra. Y Darwin vio que la luz era buena.

Y todos nosotros, modestos trabajadores, oscuros cultivadores de la ciencia, sin fanatismo ni fetichismo, sopesando con sereno juicio las obras de Darwin, podemos decir: Y Dios vio que la luz era buena.

Hace pocos años, si la muerte, con una prematura crueldad, nos hubiese robado a este hombre, el pueblo inglés no habría consentido con total seguridad que se le abrieran las puertas de la Abadía de Westminster. Era todavía un gran heresiarca para aquel pueblo tan supeditado a la fe y sus adeptos eran unos pocos herejes perseguidos por las creencias de la mayoría. Darwinista era sinónimo de ateo, de materialista, casi el enemigo de los hombres y de los dioses. He comentado en otra ocasión cómo un general inglés me negó su amistad solo por el hecho de señalarle que yo era darwinista, aunque rápidamente había añadido: a beneficio de inventario. Hoy, protestantes y católicos, sacerdotes de la ciencia *a priori* y secuaces de la ciencia de observación, espiritualistas y obispos lamentan a coro la muerte de Darwin, separan claramente las cuestiones de la fe de la gran teoría de la evolución; por poco no se hace santo a aquel hereje pocos años antes maldecido: finalmente, se le asigna sin disputas y sin contradicciones un puesto en Westminster al lado de Newton, no muy lejos de Herschel, y si las cenizas humanas pudieran palpitar de alegría, el inválido de Down temblaría en aquella tumba, en aquel lugar, él, el legislador de las formas vivas, puesto al lado de los dos máximos legisladores del cielo. Dicen que el hombre es un animal razonable; incluso me parece que incluso algunas veces es justo. Después de tantas burlas en relación al hombre mono y las palomas de Down, después de tantas brutales calumnias lanzadas contra el darwinismo, la justicia se ha restituido y el pueblo más religioso de Europa ha colocado a Darwin junto a Newton. Consagración más solemne, honor más alto no podía darse por parte de un pueblo tan poderoso a un hombre tan grande. Damos una severa lección a todos los intolerantes. La

ciencia no ofende ni puede ofender a la fe: tanto la una como la otra tienen misiones diversas y brotan de diferentes fuentes de la naturaleza humana. Darwin no hace la guerra al Evangelio, ni la verdadera verdad ha sofocado nunca un palpito de las inefables y misteriosas aspiraciones del corazón humano. La ciencia puede destruir el entramado de las simonías, puede apagar las llamas de la superstición, pero no destruye ni destruirá nunca la necesidad de esperar, la necesidad, completamente humana, de agarrarse a los abismos de lo incomprensible y de ofrecer al temerario viajero, como un refugio alpino, un tiempo para esperar, quizás también para creer. Darwin ha extendido los confines del Dios providencial, del Dios creador, del Dios economista y administrador y la gran divinidad del orden domina en cada instante de la vida del cosmos, en cada pétalo de flor, en cada rugido de una fiera, así como en cada destello del pensamiento. Darwin está en su lugar en Westminster, no solo porque yace al lado de sus iguales, sino, y más que nada, porque está en una iglesia. Los naturalistas son los más fieles intérpretes de la Divinidad, porque nos hacen conocer y admirar la verdadera grandeza. Ellos son los sacerdotes del verdadero Dios, porque lo ven de cerca y nos hablan de su grandeza y de su omnipotencia.

El pueblo inglés ha dado hoy una gran lección a los intolerantes del fetichismo religioso, al igual que Darwin, quien, durante medio siglo, dio a todos los estudiosos una gran y continua lección de modestia. Hoy, desde el pupitre de la escuela se quiere saltar a la cátedra de profesor, hoy no existe joven imberbe que no tenga en su portafolio una obra de filosofía, una reforma social o un volumen de elegías. Darwin viajó cinco años alrededor de la Tierra, observó y meditó durante veinte años antes de abrir el santuario de su gran mente: solamente en los últimos años de su vida y con muchas dudas aplicó también el evolucionismo al hombre. Tenía todos los miedos de la modestia de los grandes, toda la delicadeza del pudor inglés. A nuestro Delpino, que le había mostrado algunas objeciones a la “pangénesis”, le respondía cándidamente: “si no pudiera responder a vuestros argumentos, sería un indicio de que me he equivocado”; y cuando rebatía mis críticas a la elección sexual ya no se ayudaba de la mano amiga de su compañera que le traducía del italiano nuestros trabajos, y le hacía de secretaria con la correspondencia, sino que era él quien escribía solo toda la carta. Genio y delicadeza, mente de titán y corazón de mujer: para hacer un gran hombre, en verdad, la naturaleza adopta el cincel de Miguel Ángel y el martillo de Benvenuto.

Las revoluciones se dan tanto en el campo de la sociedad como en el de la ciencia de la misma manera: se incuban por años y por generaciones en el seno misterioso del tiempo y después aparecen como una sorpresa o como un temblor de terremoto. Y a pesar de los cinco años de viajes y los veinte de reflexión, Europa permanece sorprendida frente a *El Origen de las especies*. Sin embargo los tiempos habían cambiado, como dicen los filósofos de la historia. Demasiados descubrimientos se habían acumulado en el campo de las ciencias naturales, había penetrado muy profundamente el bisturí anatómico en la intimidad de los tejidos vivos. Los precursores de la evolución se hacían más frecuentes, Wallace llegaba a las puertas del templo, Hegel habría podido decir que el darwinismo había nacido antes que Darwin. En los museos las especies inmóviles e inmutables sobre sus soportes, con el sacramental nombre latino a sus pies, parecían mirarse sonriendo y amenazaban ya con darse la mano y hacer una fiesta juntos y llamarse hermanas, a pesar del sacramento bautismal de Linneo y la confirmación todavía más ortodoxa de Cuvier. Y cuántos y

cuántos naturalistas de buena fe, en el tranquilo silencio de sus laboratorios y de sus museos, ante una planta o un animal que no quería entrar en las catalogaciones de Linneo, bajaban la cabeza murmurando: “pero esta no es una especie”: ya se notaba en las obras darwinianas las buenas y las malas especies, las especies correctas y las erróneas, y la confusión de las razas y la variedad, y las definiciones siempre cambiadas de la especie inmutable hacían sentir un fuerte aroma a herejía. Los pilares de los museos temblaban más que nunca sumidos en el vértigo, y mientras entre las manos de los timoratos muchas especies permanecían sin nombre, otras más afortunadas tenían dos, tres, incluso diez o veinte.

Si fuese posible separar en dos cuadros el estado de nuestros conocimientos naturales en la época de Cuvier y el de la morfología de los seres vivos, interpretada por el concepto evolucionista, estoy seguro de que ninguno, a día de hoy, se resistiría a la prepotente fascinación del contraste entre lo falso y lo verdadero. En el cuadro cuvieriano admiraréis, en bella simetría, casi como en el arca de Noé, todas las especies vivas puestas en el catálogo, todas bien en fila, unas encima, otra debajo, pero ninguna en contacto por origen o derivación de la otra. El naturalista no tenía otro deber que hacer el catálogo del gran Museo de la naturaleza. Es verdad que los fósiles turbaban un poco la bella simetría de los catálogos, pero con la divertida invención de los cataclismos geológicos cada desconcierto venía acompañado de una creación nueva y una vez sacado un ser vivo del molde, permanecía eternamente igual a sí mismo, inmóvil e inmutable para no contradecir al arca de Noé y a los catálogos de los naturalistas. Después de Darwin, las especies se bajaron de los pedestales, salieron de sus etiquetas y entraron en la fluida corriente de la vida. Las especies no son hoy más que un equilibrio temporal de las formas vitales y los accidentes del desorden, y las antinomias de la patología se estudian con el mismo método y encuentran un lugar en el mismo libro que interpreta los más sencillos problemas de la vida como los más oscuros. Después de Darwin, nuestros Museos ya no son bazares, sino una serie de seres que se suceden como eslabones de la gran cadena evolutiva, y la paleontología y la geología se han convertido en dos páginas de un mismo libro que se suceden la una a la otra, siendo la primera explicación de la segunda. El cuadro de los seres vivos antes de Darwin era un jardín del Seiscientos, donde las tijeras del jardinero habían hecho una grotesca simetría cercenando y deformando troncos; el cuadro de los seres vivos después de la fe de la evolución es la naturaleza misma llevada a nuestros libros y a nuestro cerebro.

Todos vosotros sabéis qué paso de gigante ha hecho la geología cuando a la sucesión de revoluciones y grandes cambios le seguía la acción lenta e incesante de las fuerzas cosmo-telúricas y del ambiente que nos rodea; pues bien, la misma reforma se opera por obra de Darwin en la historia de los seres vivos, y aunque solo hubiese hecho esto, ya merecería uno de los primerísimos puestos entre los naturalistas y filósofos. En los envoltorios recargados de nuestros museos, la anatomía comparada había ya sustituido las vísceras, el esqueleto, en apariencia la ciencia moderna había sustituido el interior de las cosas, Darwin da otro paso y a la apariencia de las formas sustituye el estudio del interior de la vida. Él nos ha dado la fisiología del movimiento de la vida, así como la anatomía había trazado el esqueleto exterior. El convencionalismo de escuela, la infalibilidad del dogmatismo científico, dignas hermanas de la infalibilidad hierática, nos habían vuelto menos curiosos que nuestros niños, que rompen las entrañas de sus juguetes y de nuestros aparatos para descubrir

el porqué de las cosas. Nosotros estábamos contentos encerrados entre nuestras paredes acolchadas y con los catálogos que colocaban todo en fila.

Hoy nada nos contenta, y de igual modo a la febril insaciabilidad de espacio, de movimiento, de gozo y de emociones es el primer incentivo de la vida civil, en el campo de la ciencia el primer impulso para conquistar la verdad es trazar todas las fronteras del tiempo y del espacio en las cosas. Oh, leed y releed las páginas inmortales de *El Origen de las especies* o las del segundo libro de la gran trilogía darwiniana, *La variación de animales y plantas domesticados* y decidme si no os conmueve ese rico, ese variado entramado de «porqués» y de «cómos», esa abundancia de hechos particulares y pequeños, que parecerían pulverizar la materia si de esta pulverización no surgiera del todo espontánea, transparente, lucidísima la esencia de las cosas. Lo dije ya en otra ocasión: el ingenio de Darwin no tiene la simetría romana; en sus obras no se encuentra aquel orden de líneas rectas y paralelas que son una necesidad, quizás una manía, del genio grecolatino. Su arquitectura es el desorden sublime, es la riqueza sin fin del templo gótico, y la naturaleza es ciertamente mejor interpretada por este ingenio que por nuestras mentes demasiado simétricas. Nosotros abrimos, a través de los campos infinitos de la naturaleza, grandes calles rectas y por todas partes ponemos el límite romano, el hito memorable. El ingenio germánico y anglosajón odia la forzada mutilación y las líneas rectas, y extendiendo sus laberintos y sus redes de análisis, examina de forma pormenorizada cada cosa para poner por encima de la naturaleza, en un contacto gigantesco, el trabajo del análisis. En cada página de Darwin hay una página de la naturaleza y la obra del hombre encaja con la obra de la vida: sus capítulos, sus párrafos no son cortes quirúrgicos o alejandrinos, sino pausas del pensador que descansa para contemplar y meditar.

El ingenio de Darwin es uno de los más completos, de los más elevados y de los más complejos que yo haya visto, y contemplar y admirar un gran ingenio y hundirse en él, como si se quisiera sentir cada palpito, calentarse con su sangre, palpar vivamente todas las multiformes energías, es uno de los más grandes deleites que se han concedido al bípedo implume en su rápido paso por la tierra. Darwin, casi antes de ser hombre, es inglés, y el darwinismo debía nacer en Inglaterra, donde la primera pregunta que hace un niño, un filósofo, un legislador, cuando pone su mirada en un objeto es esta: “¿para qué sirve?”. La teoría de la evolución es, ante todo, utilitaria, y el darwinismo está, de esa manera, impregnado en todos sus poros, en todas sus fibras, de la utilidad de las cosas para hacer de ella casi la única forma transformadora de la naturaleza. Aquí radica gran parte de su grandeza, pero es también la parte más débil de su debilidad. Y no solo en esto el ingenio de Darwin es inglés: él es inglés gracias a esa armónica mezcla de idealidad y de sentido práctico, es inglés gracias a esa sabia economía que todo recoge, no por usura o por estéril contemplación, sino para transformarlo en nuevas riquezas y fuerzas nuevas. Darwin es delicado, es paciente, es inagotable en la recogida de hechos, y cuando prende el vuelo en el cielo del idealismo, se preocupa por llevar consigo un gran lastre para hacerles fácil su descenso a la realidad. Darwin es tan inglés incluso hasta el punto de ser humorista e incluso invasor. Es de hecho uno de los más grandes invasores en el territorio de los seres vivos. Ha tocado todo, todo lo ha hurgado, escrutado, palpado; no se le escapan los oscuros cirrípedos, ni las más oscuras lombrices de la tierra, ni las hormigas ni las águilas; penetró en la profunda corola de las orquídeas y entre los pétalos de las plantas carnívoras y a lo largo de las espirales de las trepadoras. Es muy digno de pertenecer a aquella raza inquieta,

incansable, que invade el globo desde Canadá hasta el Sikkim, desde las Islas Falkland hasta Nueva Zelanda.

Darwin está por lo demás impregnado de la cabeza a los pies de la esencia inglesa, del mismo modo en que cada gran hombre es siempre una sinergia potentísima de las fuerzas de la nación a la que pertenece. Dante es la gran personificación del genio italiano, así como Goethe lo es de Alemania, Voltaire de Francia. Un gran hombre es la flor del árbol nacional, y es el perfume de esa flor, el idealismo más alto, más complejo y más fiel del carácter de un pueblo, incluso cuando parece enfrentado a él y desarrolla las propias fuerzas para conducir a los hermanos y a los padres por otros caminos.

El ingenio de Darwin es tan complejo, tan difícil como para darnos vértigo nada más verlo, son su ir y venir y retornar y merodear dentro del laberinto de las cosas. La simetría perfecta le hace mal y le hace, de repente, sospechar, como si dudase de encontrar el error o el fraude. En un campo completamente diferente, nuestro Cavour pensaba y dudaba de la misma manera. Cuando un concepto suyo, un plan, le parecía demasiado claro y los amigos a los que consultaba celebraban en coro sin encontrar objeción alguna, exclamaba *ab irato*: “No es ni puede así: he escrito, he pensado una tontería”. Sublimes dudas, sublime modestia del verdadero genio, que se vuelve sobre sí mismo y, dueño de un mundo, deja a sus sucesores el deseo de conquistas nuevas, el tormento de nuevas dudas.

Sobre la tumba de Darwin no existe calma que baste para tejer su historia, hoy yo solo me siento capaz de un himno o de una elegía. Permitaseme solamente presentar ante vuestros ojos los títulos de honor del gran hombre que hemos perdido. Su sistema se apoya sobre la base poderosa de una trilogía, *El Origen de las especies*, el libro sobre la domesticación de las plantas y de los animales y el *Origen del hombre*.

Cuando Darwin, a bordo del «Beagle», viajando alrededor del mundo, llegó al Archipiélago de las Galápagos, situado en el Océano Pacífico, a 500 millas de las costas de América del Sur, se quedó asombrado al ver pájaros, reptiles y plantas que no se encontraban en ninguna otra parte del mundo. Las islas Galápagos debían ser para Darwin la manzana de Newton, la lámpara de Galileo. Todos estos seres vivos se parecían mucho a los del continente americano y los animales y plantas de cada isla, aunque específicamente distintos, tenían entre sí un estrecho vínculo. El archipiélago, con sus innumerables cráteres y terrenos de lava, era un mundo joven y Darwin se creyó testigo de la creación. Aquellos seres vivos eran hijos de América y de isla en isla habían descendido los unos de los otros, modificándose a lo largo de generaciones. Unidad de origen y de tipo, variedad permanente por separaciones y distancias.

Recolectando animales y plantas en el vasto continente americano, desde Canadá hasta la Patagonia, Darwin pensaba que, independientemente de los saltos desmedidos del cosmos, sobre las altas cumbres de las cordilleras y en los profundos valles, las plantas y los animales se parecían mucho más entre sí que aquellos de una sola latitud en las diferentes partes del mundo, donde un clima igual y a menudo un terreo igual habrían podido dar vínculos más estrechos de parentesco entre los seres vivos. Si sobre una área tan desmedida todos los seres vivos tenían una fisonomía americana, si las formas de Brasil se asemejaban más a aquellas de Canadá que a las tropicales de Asia o África, era, pues, natural pensar que en América todos los seres vivos debieran tener una única cuna, un origen común. Pero Darwin fue incluso más allá. Confrontando las especies

vivas de un país con los fósiles que el paleontólogo va descubriendo cada día en las entrañas de la tierra, encontró entre los seres vivos y los extintos una descendencia legítima, un estrecho parentesco, de modo que los fósiles se asemejan más a los vivos de un mismo país que a los fósiles de otra tierra dispuesta bajo el mismo clima. Así, el gliptodonte, otro gigantesco cuadrúpedo fósil del limo argentino, es el padre de los minúsculos armadillos, que viven hoy bajo las hierbas de la Pampa. Muchos eslabones de la gran cadena están rotos, pero la mano del genio ha juntado los extremos despedazados y, al igual que el filólogo lee en nuestras lenguas modernas las palabras de nuestros padres arios, resucitando las formas de una lengua desaparecida, el geólogo va uniendo, en una cadena ininterrumpida, los seres vivos del hoy con los más antiguos padres del mundo preadánico.

Las formas vivas son, pues, hijas de otras que vivieron antes de estas y son el resultado de su adaptación al ambiente que las rodea. La «Eva» de todos los seres vivos es un protoplasma muy sencillo, capaz de todas las posibilidades morfológicas que la llevará a ser palma, elefante, hombre y que, en batalla con amigos y enemigos, en las batallas de la vida y según la selección natural, generará de sus vísceras el gran museo de plantas y animales que nos circunda. He aquí, si no me engaño, trazada en su fórmula más sencilla, la teoría darwiniana; la más exitosa, la más probable, la más lógica interpretación del porqué de las cosas. Fuera del evolucionismo no nos queda sino la palabra santa, aunque indiscutible de la fe, que cree sin pensar, o la eunuca confesión del *ignoramus*.

Todos los seres vivos, sin excepción, tienden a crecer en un número tan desmesurado que no bastarían los continentes, ni el Océano, para acoger a los nacidos de una sola especie después de un cierto número de generaciones, en caso de que no existieran batallas sangrientas y muertes sin fin. La lucha por la existencia se convierte en una necesaria consecuencia de esta fecundidad infinita de los seres vivos, la batalla de la vida se convierte en una suprema ley de la naturaleza. Toda la vasta familia de las criaturas vivas es una eterna guerra: los más fuertes prevalecen, los débiles perecen; a día de hoy miríadas de formas han desaparecido de la faz de la tierra. Entre las infinitas diferencias que presentan los individuos de generación en generación, aquellas que son útiles a la especie prevalecen y duran, mientras que las poco favorables a la vida caen y desaparecen. Y es esta conservación en la batalla de la vida de aquellas variedades que poseen ventajas de estructura, de constitución y de instintos lo que Darwin bautizaba con el nombre de *natural selection*, palabra ya inmortal que marcará también para los lejanos descendientes uno de los grandes jalones en el principal camino de la ciencia.

Después de haber estado durante veinte años diseccionando la obra de la naturaleza, Darwin dirigió su aguda e infatigable mirada a los grupos más reducidos y cercanos de las plantas y animales que el hombre modifica para su uso y goce, y en la historia de los seres domesticados encontró la confirmación de su teoría de la evolución. La elección artificial era inconsciente y antigua aplicación de la elección natural: nosotros éramos todos darwinistas en la agricultura y en la crianza de nuestros animales domésticos incluso muchos siglos antes de que Darwin naciese. Los más grandes problemas de la aclimatación de las plantas, de los animales y del hombre tienen que ver con el darwinismo y son problemas apenas deshojados por la ciencia moderna que costarán muchos gloriosos esfuerzos a nuestros hijos y nietos. De estas investigaciones futuras se encuentran miles de esporas en el segundo libro del

naturalista inglés. Él abarca toda la naturaleza y cientos de hechos y leyes se le escapan de entre las manos, como si el imponente abrazo no bastase para todo. Por más minucioso e incansable investigador de los hechos que sea, hay alguien más inmenso que él, y es la naturaleza, de la que es el hijo predilecto. De aquellos haces perdidos harán un tesoro todos aquellos pacientes espigadores que con diversos nombres se dicen discípulos de un gran maestro, comentadores, críticos, imitadores... qué sé yo.

Me repito, me doy cuenta de que robo en el campo por mí cultivado, pero, egregios jóvenes, la culpa es toda vuestra al haberme elegido hoy como portavoz de vuestro dolor y de vuestra reverencia hacia una de las más insignes mentes con las que se honra nuestro siglo. Por deuda académica, por simpatía con sus estudios, desde la cátedra, desde las páginas de mis libros, desde las revistas, he tenido que hablar y escribir de Darwin tantas y tantas veces que hoy no puedo hallar otras palabras que las de mi dolor, que es por lo menos tan grande como el vuestro.

En sus obras sobre la domesticación de los animales y las plantas, Darwin, por primera vez, abría al mundo de los pensadores su gran teoría de la “pangénesis”, que publicó con tantas reservas y dudas y que es, por el contrario, uno de los títulos más grandes de su vida. Y permitidme que para demostrar la extraordinaria modestia de este gran hombre cite algunas palabras que él me escribía siendo yo muy joven: “Temo que usted no apruebe el capítulo sobre la pangénesis, pero tengo fe de que algo parecido a esta teoría será adoptado un día, y esta es la opinión de algunas destacadas mentes en Inglaterra”.

Aunque la naturaleza, generación tras generación, haya sido más fecunda en las variedades que en cualquier otra forma de vida, Darwin reduce todas estas formas a la más general de la pangénesis. Atesorando los inmortales descubrimientos de Virchow, él reconoce que cada uno de los miles de elementos que constituyen un ser vivo tiene una vida independiente, un modo particular de nacer, de transformarse y de morir, a través del cual puede generarse otra célula, otro elemento igual a sí mismo. Y Darwin, en la obra de la evolución, ve esta gran autonomía de los elementos orgánicos y cree cada uno de estos genera una simiente que lo representa y lo reproduce. Es un átomo en potencia que en la fecundación busca el átomo hermano y se funde con él, reproduciendo al padre o a la madre. Pero las simientes pueden transmitirse en estado latente durante generaciones sin desarrollarse. Cuando el terreno las favorece o cuando la lucha del elemento macho y del elemento hembra les da la ocasión de desarrollarse, entonces las semillas escondidas, latentes, comienzan a hacerlo y se muestran vivas, mostrándonos los hechos hasta este momento inexplicables del atavismo. Desde la célula que se escinde y genera dos células, desde un fragmento de protoplasma que dividiéndose en muchos fragmentos crea otros tantos individuos, hasta la génesis más compleja de los animales superiores mediante inseminación, la simiente no hace sino reproducir el elemento que la ha generado. Las miles de variedades de engendramiento se recogen bajo un único tipo de reproducción que gobierna a todos los seres vivos.

A cualquiera podría parecerle la pangénesis un oscuro concepto sin fundamento, un logogrifo, un trabalenguas; yo siempre la he juzgado como una de las mayores predicciones del genio alado del filósofo inglés. En ella está el germen, la simiente de nuevos y grandes descubrimientos que serán posibles cuando la química y la física nos hayan revelado el misterio profundo de la atracción espontánea de los átomos.



La última obra de Darwin, que completa y corona su trilogía de la evolución, es aquella sobre el origen del hombre, en la que aplica sus teorías al más complejo organismo de nuestro planeta y propone las bases de la psicología comparativa positiva. Quisiera que este libro estuviera en las manos y en las mentes de todos cuantos estudian las ciencias naturales: en ningún otro podréis encontrar menos frases y más hechos, menos declamaciones y mayor capacidad de observación. Parece que el autor oculte siempre su individualidad para hacer hablar solamente a la naturaleza, parece que en cada página estén escritas las palabras de Dante: “T’ho messo inanzi, ormai per te ti ciba”. Ante una obra como nos quedamos en todo momento no sé si más ensoberbecidos ante la fuerza del pensamiento humano o más humillados por nuestra propia insignificancia. Ante aquel monumento *aere perennius* ya no se tiene el valor de imprecisar a la vida por ser esta demasiado breve: y nos quedamos atónitos y con la mente gacha ante un templo pensado y alzado por un solo hombre en poco menos de medio siglo de observación y meditación. Es entre estas páginas inmortales donde se encuentra el sagrado escalofrío de los bosques drúidicos y de los templos góticos. Bendito el genio que nos da tan altas emociones y nos hace comprender cómo las palabras de santidad y de idealidad no serán jamás borradas del diccionario de los hombres.

El cerebro de Darwin no se agotó en la teoría de la evolución: también sus trabajos específicos sobre geología americana, sobre la génesis de las islas coralíferas, sobre las plantas trepadoras y sobras la carnívoras, su último estudio sobre las lombrices como generadoras de la tierra cultivable, son monografías de primer orden. Cada una de ellas señala un descubrimiento de hechos nuevos, una revelación de nuevas leyes. La historia de su viaje alrededor del mundo es un modelo en su campo y nos enseña cómo para llamar nuestra atención no hacen falta los fuegos fatuos de las frases, las hipérboles de la retórica o la artificiosidad del estilo. Todas las obras de Darwin, desde el más oscuro opúsculo hasta el *opus maximum*, están guiadas por unos mismos patrones: grandeza y simplicidad, genio y naturaleza.

Hablar de Darwin solamente una hora me parece, más que superficialidad, una profanación, pero perdonamos el involuntario pecado pensando que estamos aquí reunidos para alzar nuestro grito de lamento, y no ya un monumento de crítica y de historia. Sobre las tumbas aún abiertas se llora y se intenta consagrar en el mármol lágrimas de dolor. Que se le conceda aquí el primer lugar al corazón.

No olvidemos un último tributo de gloria al gran inglés, su obra sobre la expresión. Los grandes anatomistas y fisiólogos que le han precedido habían estudiado un solo lado del problema de la mímica o habían examinado la expresión con relación al arte o a la estética. Él, en cambio, con su mente vasta y comprensiva, trazó las leyes generales que gobiernan la expresión del mundo animal. Su libro es uno de los más espléndidos monumentos alcanzados por su genio y, sin exagerar, se puede decir que la mímica, como rama especial de la biología comparada, se ha posicionado como una ciencia nueva gracias a su obra salida a la luz hace exactamente diez años.

Darwin ha estudiado la mímica de las principales emociones en los animales, en los niños, en el hombre adulto, y llevando a cabo un exhaustivo interrogatorio a los viajeros, a los misioneros, a todos sus amigos epistolares diseminados por todas las esquinas del mundo, ha recogido un número extraordinario de hechos nuevos que ha colocado después bajo la lente del evolucionismo para entrelazar las relaciones, los porqués del antes y del

después. Se puede disentir en algunos aspectos particulares, se pueden rechazar bastantes de sus explicaciones, demasiado presurosas o demasiado temerarias, pero se debe siempre admirar el sereno horizonte que vemos abierto a partir de la publicación de su maravilloso libro. En un modesto libro, publicado ahora hace un año, y que dediqué a Darwin, yo decía: “poco más de dos siglos separan la obra de Giovanni Battista della Porta de la de Darwin, sin embargo qué abismo los separa en cuanto al método que los guía. ¡Da la sensación de estar leyendo dos libros escritos en diferente lengua! En uno todo es adivinación, todo cábala, y el pobre pensamiento científico discurre apenas en un mar de afirmaciones arriesgadas, de coincidencias fortuitas. En el otro pocas afirmaciones y muchas dudas, pero cuánta seguridad en el método, qué vastedad de horizontes abiertos al futuro. Allá tenemos un mundo fantástico que no se abarca porque está todo hecho de niebla y fantasmas, aquí, en cambio, apoyamos el pie sobre el terreno firme de la naturaleza y el camino por el cual nos adentramos en ella es el verdadero. Se podrá ir hacia adelante durante siglos, pero no habrá que retroceder y cambiar de camino.

Al igual que el arbusto que muere deja en las entrañas de la tierra la raíz de la que volverá a nacer, al igual que la hoja que al caer deja la semilla de la que volverá a florecer en la venturosa primavera, de ese modo el darwinismo tendrá que desarrollarse y transformarse para dejar el lugar a nuevas teorías más profundas y más complejas. Fieles seguidores del gran inglés, nos sentimos evolucionistas también para juzgarlo creador y pontífice máximo de la evolución. En él, en nosotros mismos, en la historia del pensamiento, en las entrañas de la humanidad, sentimos el inexorable filo de ese martillo del pasado y del futuro, que señala el camino hacia el trabajo y hacia el progreso. El darwinismo no será la última palabra de la ciencia, pero es la palabra del hoy, de ese hoy que con cada latido de nuestro pulso se transformará en un mañana. La gran teoría es aún joven y experimenta y experimentará durante mucho tiempo un proceso de crecimiento y difusión. Desde el terreno de la morfología animal y vegetal, el darwinismo se ha ido extendiendo como viento fresco sobre las ondas de un lago inmóvil hacia los dominios de la psicología, de la filosofía, de la zoología, de la política. Y este aliento, allí por donde ha pasado, ha fecundado no importa qué cosa, ha evocado no importa qué criatura nueva desde la tierra de los que han de nacer. Como el sol de abril, que al calentar las raíces, al acariciar las yemas hace brotar hojas, flores y frutos, y serpenteando por los miles de meandros de la naturaleza llama a los seres vivos al gran banquete de la creación, así el evolucionismo ha fecundado el pensamiento, allí donde quiera que ha encontrado una semilla vital y, despojando la ciencia antigua de la cáscara apolillada del dogmatismo, ha rejuvenecido los viejos sistemas y ha hecho nacer a los no natos. Leyendo las obras modernas pertenecientes a los campos más variados del pensamiento, nos parece percibir un perfume de primavera, sentimos el palpito de una nueva vida, sana y poderosa. Y el sol que ha logrado este milagro es aquel ante el cual hoy aquí nos inclinamos en reverencia, es Charles Darwin.

Junto a este proceso de difusión del darwinismo, tiene y tendrá lugar un trabajo lento y continuo de depuración y ajuste. El gran naturalista ha pensado que abría con su llave mágica todas las puertas de los misterios de la naturaleza, pero esta tiene todavía miles y miles de enigmas escondidos que esperan nuevas y diferentes claves. La vida es demasiado múltiple y variada para poder ser desvelada con una única luz, por muy viva y potente que esta sea. Los astros necesitan el telescopio, las células necesitan el microscopio y las moléculas

esperan un tercer instrumento aún no hallado. No, el darwinismo no explica todo, y la ventaja a menudo no es más que un círculo vicioso que da vueltas sobre sí mismo; la elección sexual es un sueño que no resiste la crítica desapasionada; no, los millones de siglos no bastan para cambiar un protoplasma en un hombre, mientras la naturaleza en una rana transforma en pocas semanas un pez en un ser dotado de pulmones, en pocos días una larva carnívora en un insecto que liba las flores. Si Darwin hubiese explicado todos los porqués de la naturaleza, ya no sería más un hombre, sería el dios encarnado de los deístas, sería un creador ante el cual no podríamos sino permanecer de rodillas y con la frente inclinada en signo de adoración. La morfología del evolucionismo espera a un nuevo Darwin de la química, que, demostrando la posibilidad de pocas y determinadas combinaciones, rellene las lagunas que Haeckel, quizás más novelista que naturalista, llenaba echando mano de la fantasía. Así como en la química no es posible sino un sulfato o un bisulfato, y entre estos no hay combinaciones intermedias, así Darwin, químico del futuro, demostrará cómo entre nuestro abuelo, el antropomorfo, y el hombre no ha habido posibles nuevas formas intermedias y cómo las especies nacen, no sólo por selección natural o artificial, sino por neogénesis.

Si la destrucción de los débiles nos aflige, si la pronta desaparición de tantos nacidos a la vida nos entristece, si en la contemplación de la vida interpretada por Darwin nos parece sentir la tormenta cósmica que nos arranca de los caminos de la vida como hojas mustias por el frío de noviembre, veamos en el evolucionismo una luz solar que solo asciende para iluminar otros mundos y otros seres vivos. Nosotros moriremos no solo como individuos, sino también como especie, pero al morir sentiremos en las entrañas cómo se agita la inmortalidad de la naturaleza, que se transforma, pero no se destruye, y en las cenizas de la muerte veremos siempre moverse la chispa de aquel pensamiento que nunca se calma. Si, contemplando la agonía del hombre que muere, se huela nuestro corazón ante el ojo amado que permanece inmóvil para siempre, la lágrima de nuestros ojos que lloran reaviva la llama de una nueva vida.

En el árbol inmortal de la vida una poderosa rama se ha quebrado, pero nuevas semillas lo harán más robusto y bello. Darwin ha muerto, pero la luz que él ha encendido en las cumbres del pensamiento, brillará eterna para iluminar los oscuros caminos de nuestra ignorancia, para alumbrar aquellos horizontes lejanos que los hijos de nuestros hijos saludarán.

**Traducción de M<sup>a</sup> Natalia Trujillo Rodríguez**